

PLOVDIV



Por qué Plovdiv

El estadio nos lo encontramos sin buscarlo. Íbamos por la calle comercial, entre terrazas y escaparates, cuando el pavimento se retira y aparece una curva de gradas varios metros por debajo de la plaza Dzhumaya. Es la sfendona, el extremo norte de un estadio levantado en el siglo II bajo Adriano –unos 240 metros de largo por 50 de ancho, aforo para 30.000 espectadores–, y casi todo sigue enterrado bajo la calle por la que la ciudad entera va de compras. Nadie lo anuncia con grandes carteles; simplemente está ahí, conviviendo con las cafeterías. Esa naturalidad con la que Plovdiv pisa sus propias ruinas es la primera razón para venir.

La segunda es que la ciudad viene ordenada en capas y no hace falta componer nada. La conquistó Filipo II de Macedonia a mediados del siglo IV a.C. y le puso su nombre, Philippopolis; los romanos la rebautizaron Trimontium, «las tres colinas», que es exactamente lo que se ve al llegar. El márketing local prefiere venderla como la ciudad habitada más antigua de Europa; lo honesto es decir que es una de las más antiguas del continente, y tampoco necesita inflarse: en



2019 fue la primera ciudad búlgara en ejercer de Capital Europea de la Cultura –título compartido con la italiana Matera– y aquella inyección de dinero y autoestima todavía se nota en el casco viejo y, sobre todo, en Kapana. Nosotros llegamos con la tentación de despacharla en una tarde, de camino a Kazanlak; nos quedamos dos noches y aun así salimos con calles enteras por caminar.

Llegar y moverse

Desde el monasterio de Rila, la parada anterior de esta ruta, se vuelve al asfalto y se sigue carretera adelante hacia el este, sin más ciencia que el coche. Pero si el punto de partida es Sofía, aquí está la excepción de todo el viaje en la que el tren gana: desde 6 € en segunda clase y entre dos horas y media y tres de trayecto. Dentro de la ciudad, todo se hace a pie: la escalinata de la iglesia de la Virgen es el paso más transitado entre el centro y las tres colinas, y Kapana está peatonalizado en más del 80 % de sus calles. El coche solo vuelve a ser útil para una escapada: la fortaleza de Asen queda a media hora. Y una nota de calendario: Bulgaria paga en euros desde el 1 de enero de 2026, así que ni cambio de moneda ni calculadora, aunque todavía verás precios por duplicado en levas, al cambio fijo de 1,95583 – el doble etiquetado fue obligatorio hasta el 8 de agosto de 2026.

La visita, por franjas

Mañana. Empezamos en la plaza Dzhumaya, con las gradas del estadio bajo los pies, y subimos después al teatro romano, la visita de pago que más merece la pena y además barata: 3,58 €. Ojo a una trampa muy búlgara del horario: la taquilla cierra de 12:30 a 13:00, así que la cuesta se calcula para no plantarse delante justo en la media hora de la pausa.



Mediodía. Kapana, «la trampa»: el barrio gremial con unos 500 años de historia donde las calles aún llevan el nombre de los oficios –Kozhuharska, la de los peleteros– y donde se come a precios de Bulgaria, no de barrio de moda de Europa occidental. El trazado hace honor al apodo: entrar es fácil; salir por donde pensabas, no tanto.

Tarde. La escalinata de la iglesia de la Virgen sube al casco alto, donde las casas del XIX –algunas voladas literalmente sobre la muralla, porque en ese barrio el suelo se acabó hace siglos– se visitan mejor con la entrada combinada si el plan son varias. El día se remata en Nebet Tepe al atardecer, que es donde la luz paga el viaje.

Datos prácticos

Teatro romano: 3,58 € (estudiantes 1,53 €) · abril-octubre 09:30-18:00, noviembre-marzo 09:00-17:30 · pausa de 12:30 a 13:00.

Gratis en el teatro: menores de siete años y personas con una discapacidad del 50 % o superior. Casas-museo del casco antiguo: 3,58 € por casa; el primer jueves de cada mes, estudiantes y mayores entran gratis.

Entrada combinada del casco viejo: hasta cinco sitios por 10,74 € (las basílicas quedan fuera).

Tren desde Sofía: desde 6 € en segunda clase · entre 2 h 30 y 3 h de trayecto.

Fortaleza de Asen: a media hora en coche, con una iglesia de los siglos XII-XIII sola sobre su espolón de roca.

Tiempo justo: dos noches.

La foto

La foto de Plovdiv es la fachada azul del casco alto mirando por encima de los tejados de la ciudad moderna, con las montañas cerrando el fondo. Se hace desde lo alto de las tres colinas, con la

casa del XIX en primer término y la Plovdiv de hoy debajo: la composición viene dada, porque la ciudad ya está ordenada en capas y solo hay que colocarse en la correcta. La hora es la última de la tarde, y el sitio donde rematarla, Nebet Tepe: ahí la luz rasante paga el viaje entero, y sobre sus piedras hasta los dos ositos de trapo con su cuenco de monedas rotulado LOVE entienden de encuadres.

Consejo Bidaiatzen

Cuando tengas la postal hecha en Nebet Tepe, gira el teleobjetivo hacia el lado contrario al casco viejo: aparecen los bloques despintados y las parabólicas de la periferia, la Plovdiv donde vive la mayoría. Esa foto no sale en los folletos y a nosotros nos parece tan necesaria como la de la fachada azul, porque también es la ciudad. Y si te queda un segundo día con coche, sube entre semana a la fortaleza de Asen: la iglesia de los siglos XII-XIII aguanta sola sobre su roca, rodeada de las laderas boscosas de los Ródopes, casi nadie de la ciudad sube esos días y el silencio es el contrapunto exacto al bullicio de Kapana.